

San Alfonso M^a de Ligorio
Doctor de la Iglesia

**EL AMOR DE DIOS
MANIFESTADO EN
LA ENCARNACIÓN
DEL VERBO**

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica

ISBN: 84-7770-504-6

Depósito legal: M. 22.392-2000

Printed in Spain

Impreso en España por:

Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Herreros, 42. Políg. Ind. Los Ángeles

GETAFE (Madrid)

PRÓLOGO

Este libro fue compuesto por San Alfonso M^a de Ligorio para ser predicado en la novena de Navidad y como preparación al nacimiento de Cristo en la temporada de adviento. Pero todo él es un libro excelentísimo para ser leído y meditado en cualquier época del año, y especialmente en adviento. Todo el libro está compuesto con el fin de excitar nuestros afectos y nuestros corazones al amor a Dios que nos manifestó un amor infinito en la encarnación del Hijo hecho hombre por amor a los hombres.

El amor a Dios es lo primero, lo principal y lo único que nos interesa de verdad. Hoy se habla y se predica mucho del amor al prójimo y de compartir lo que tenemos con los demás; pero se habla muy poco del infinito amor que debemos a Dios, el único que se entregó totalmente por nosotros y nos manifestó un amor sin límites, total y verdadero, haciéndonos deudores del más grande amor de nuestro corazón. El amor al prójimo es necesario, pero es indispensable que nazca del amor a Dios, pues si solamente amamos a los demás por compasión o por simpatía, nuestro amor tiene muy poco valor.

Quien lea este libro y lo medite con detenimiento, si su corazón no es de piedra ni de acero, se verá encendido en un fuego divino que produce el verdadero amor y que lo hará suspirar deseando corresponder con verdad y con ternura al grandísimo amor de Dios,

que vino a traer fuego a la tierra y quisiera que toda estuviera ardiendo. Y si te enamoras de Dios, si lo amas de verdad, sólo desearás lo que El quiere, y podrás hacer lo que quieras, porque solamente querrás complacer a Dios. Por eso decía San Agustín: “Ama a Dios y haz lo que quieras”. ¿Cómo? ¿El que ama a Dios puede hacer todo lo que quiera? Sí, porque si lo ama de verdad no querrá otra cosa que lo que Él quiere: salvar a todos los hombres y llevarlos al cielo, que sólo para eso vino Él a este mundo, para enseñarnos a todos el camino del cielo.

Andrés Codesal

1. DEL AMOR QUE DIOS NOS MANIFESTÓ EN LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

Y el Verbo se hizo carne.

I. Dios nos creó para amarlo en esta vida y disfrutar después de El en la otra; pero nosotros, ingratos, nos rebelamos con el pecado y le negamos la obediencia, por lo que fuimos privados de la divina gracia, arrojados del paraíso y además condenados a las penas eternas del infierno. Henos, pues, ya todos perdidos. Pero este Dios, movido a compasión de nosotros, resolvió enviar a la tierra un Redentor que reparase tanta ruina.

II. Y ¿quién será este Redentor? ¿Un ángel o un serafín? No; que para patentizarnos Dios su inmenso amor, nos envió a su mismo Hijo: *Dios (envió) a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado* (Rm. 8, 3). Envío a su Unigénito a revestirse de la misma carne que teníamos los pecadores, excepción hecha del pecado, y dispuso que El, con sus penas y muerte, satisficiera a la divina justicia por nuestros delitos, librándonos así de la muerte eterna y haciéndonos dignos de la gloria perdurable.

Gracias, Dios mío, en nombre de todos los hombres, pues si no hubierais pensado en mi salvación, todos los hombres nos habiéramos perdido para siempre.

III. Considera aquí el amor infinito que Dios nos mostró en esta gran obra de la encarnación del Verbo, disponiendo que su Hijo sacrificase la vida a manos de verdugos en la cruz, en medio de un mar de dolores e ignominias, para alcanzarnos el perdón y la salvación eterna. ¡Oh bondad infinita! ¡Oh misericordia

infinita! ¡Oh amor infinito! ¡Un Dios hacerse hombre y venir a morir por nosotros, gusanillos!

¡Ah, Salvador mío!, dadme a conocer cuánto me habéis amado, para que a vista de vuestro amor reconozca mi ingratitud. Vos con vuestra muerte me librasteis de la perdición, y yo, ingrato, os he vuelto las espaldas para perderme de nuevo. Me arrepiento sinceramente de haberos hecho tamaña injuria. Perdonadme, Salvador mío, y preservadme en lo futuro del pecado; no permitáis que vuelva a perder vuestra gracia. Os amo, querido Jesús mío, pues sois mi esperanza y mi amor.—¡Oh María, Madre de este excelso Hijo, encomendadle mi alma!

2. BONDAD DE DIOS PADRE Y DE DIOS HIJO EN LA OBRA DE LA REDENCIÓN

Y se encarnó por virtud del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, y se hizo hombre.

I. Dios creó a Adán y lo enriqueció de dones; pero el hombre, ingrato, lo ultrajó con el pecado, privándose a sí y a su descendencia de la divina gracia y del paraíso. Ved, pues, al género humano perdido y sin remedio. El hombre había ofendido a Dios, por lo que era incapaz de ofrendarle digna satisfacción: era preciso que una persona divina satisficiera por él. ¿Qué hizo el Padre Eterno para remediar tal pérdida? Mandó a su propio Hijo que se hiciera hombre y se revisiera de la misma carne pecadora, para que con la muerte pagase a la divina justicia las deudas y facilitase el retorno a la divina gracia.

Dios mío, si vuestra bondad infinita no hubiese encontrado este remedio, ¿quién se hubiera jamás atrevido a pedirlo y ni aun a imaginarlo?

II. ¡Qué extrañeza debió causar a los ángeles el gran amor que Dios mostró al hombre rebelde! ¡Qué dirían al ver al Verbo eterno hecho hombre y revestido de la misma carne que tenían los pecadores, apareciendo así ante el mundo el Verbo encarnado como uno de tantos pecadores!

¡Cuán obligados estamos, Jesús mío, a patentizaros nuestro amor, y yo más que los demás, por haberos ofendido más que todos! Si no hubierais venido a salvarme, ¿qué hubiera sido de mí por toda la eternidad? ¿Quién podría librarme de las penas por mí merecidas? Seáis siempre bendito y alabado por tanta caridad.

III. El Hijo de Dios baja, pues, del cielo a la tierra para hacerse hombre y vivir vida penosa; viene a morir en una cruz por amor a los hombres, y los hombres que esto crean, ¿será posible que amen otra cosa que a un Dios encarnado?

¡Ah, Jesús, Salvador mío!, no quiero amar nada fuera de vos. Puesto que vos tan sólo me habéis amado, a sólo vos quiero amar. Renuncio a todos los bienes creados: sólo vos me bastáis, ¡oh inmenso e infinito bien! Si en lo pasado os disgusté, ahora me arrepiento, y quisiera que este mi dolor me hiciese morir para compensar de alguna manera los disgustos que os he causado. ¡Ah, no permitáis que en lo por venir sea ingrato al amor que me manifestasteis! No, Jesús mío, haced que os ame y tratadme después como os plazca. ¡Oh bondad infinita, oh amor infinito, no quiero vivir sin amaros! ¡Oh María, Madre de misericordia, os pido me alcancéis la gracia de amar siempre a Dios!

3. MOTIVOS DE CONFIANZA EN LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

¿Cómo no juntamente con El nos dará de gracia todas la cosas? (Rm. 8, 32).

I. Considera, alma mía, cómo el Eterno Padre, dándonos a su querido Hijo por Redentor, no podía facilitarnos motivos más poderosos de confianza en su misericordia ni más fuertes para amar su infinita bondad, ya que no podía patentizarnos prueba más evidente del deseo que tiene de nuestro bien y del amor inmenso que nos tiene, pues dándonos su Hijo, no tiene ya más que darnos.

¡Oh Dios eterno, que todos los hombres alaben vuestra infinita caridad!

II. Habiéndonos Dios dado a su Hijo, a quien ama tanto como a sí mismo, ¿cómo habríamos de temer, dice el Apóstol, que nos rehusara cualquier gracia que le pidiéramos? El Dios que nos dio a su Hijo, no nos negará el perdón de las ofensas que le hubiéremos hecho si las detestamos sinceramente; no nos negará la gracia de resistir a las tentaciones cuando se lo pedimos; no nos negará el santo amor cuando lo deseamos; no nos negará, finalmente, el paraíso, con tal de que no nos hagamos indignos de él por el pecado. Jesús mismo nos lo asegura en estos términos: *Si alguna cosa pediréis al Padre, os la concederá en nombre mío* (Jn. 16, 23).

Apoyado, por tanto, en esta promesa, Dios mío, os pido que por amor de vuestro Hijo Jesús me perdonéis cuanto os injurié. Dadme la santa perseverancia en vuestra gracia hasta la muerte. Dadme vuestro santo amor, que me desprenda de todo para amar sólo a

vuestra infinita bondad. Dadme el paraíso, para que llegue a amaros allí con todas mis fuerzas y para siempre, sin temor de dejaros ya de amar.

III. Asegúranos, por fin, el Apóstol que, poseyendo a Jesucristo, tan ricos somos de todo bien, que no nos falta gracia alguna (1 Cor. 1, 5).

Sí, Jesús mío, vos sois todo bien, vos solo me bastáis y por vos solo suspiro. Si en lo pasado os he alejado de mí por el pecado, me arrepiento ahora de ello con todo mi corazón. Perdonadme y volved a mí, Señor. Y si ya estáis conmigo, como lo espero, no os apartéis más de mí, mejor diré, no permitáis que yo os vuelva a arrojar de mi alma. Jesús mío, Jesús mío, mi tesoro, mi amor, mi todo, os amo, os amo, os amo y quiero amaros siempre.— ¡Oh María, esperanza mía, haced que siempre ame a Jesús!

4. FELICIDAD DE HABER NACIDO DESPUÉS DE LA REDENCIÓN Y EN EL SENO DE LA VERDADERA IGLESIA

Cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios desde el cielo, de cabe sí, a su propio Hijo... para rescatar a los que estaban sometidos a la sanción de la ley (1 Cor. 1, 15).

I. ¡Cuánto debemos agradecer a Dios el habernos hecho nacer después de verificada la obra excelsa de la redención humana! Esto significa la expresión *plenitudo temporis*, el tiempo feliz por la plenitud de la gracia, que nos obtiene Jesucristo con su venida. ¡Pobres de nosotros si, reos de tanto pecado cometido,

hubiéramos vivido en la tierra antes de la venida de Jesucristo!

II. ¡En qué miserable estado se hallaban los hombres antes de la venida del Mesías! El verdadero Dios apenas si era conocido en la Judea, al paso que en el resto del mundo reinaba la idolatría, de suerte que nuestros antepasados adoraban piedras, leños y demonios. Adoraban multitud de dioses, y el verdadero Dios no era por ellos amado ni conocido. Aun hoy en día, ¡cuántos países hay de escaso número de católicos, entre tanto y tanto infiel y hereje como ciertamente se pierden! ¡Cuán obligados estamos a Dios por habernos hecho nacer no tan sólo después de la venida de Cristo, sino además en países donde reina la verdadera fe!

Gracias, Señor, por tan extraordinario beneficio. ¡Desgraciado de mí si, después de haber cometido tantos pecados, tuviere que vivir entre infieles y herejes! Reconozco, Dios mío, que me queréis salvar, y, a pesar de ello, ¡cuántas veces me quise perder, al perder vuestra gracia! Tened compasión de mi alma, que tanto os costó, Redentor mío.

III. *Envió Dios desde el cielo, de cabe sí, a su propio Hijo, para rescatar a los que estaban sometidos a la sanción de la ley.*— Peca, pues, el esclavo y con el pecado cae en poder del demonio, y acude su mismo Señor a rescatarlo con su muerte... ¡Oh amor inmenso, amor infinito de Dios para con el hombre! Por lo tanto, divino Redentor mío, si vos no me hubierais redimido con vuestra muerte, ¿qué habría sido de mí, que tantas veces merecí el infierno con mis pecados? Si vos, Jesús mío, no hubierais muerto por mí, os habría perdido para siempre, sin esperanza de recobrar ya más vuestra gracia ni

esperanza de ver un día en el cielo vuestro hermoso rostro.

Gracias, pues, querido Salvador mío, y un día, en el cielo espero agradecéroslo por toda la eternidad. Me arrepiento sobre todo otro mal de haberos despreciado en lo pasado; en adelante estoy resuelto a sufrir todas las penas y muertes antes que ofenderos; pero, como os traicioné en lo pasado, puedo traicionaros también en lo por venir. ¡Ah, Jesús mío, no permitáis me separe de vos! Os amo, bondad infinita, y quiero amaros siempre en esta vida y por toda la eternidad. ¡Oh Reina y Abogada mía, María, tenedme siempre bajo vuestro amparo y libradme del pecado!

5. JESÚS HIZO CUANTO PUDO Y TODO LO SUFRIÓ POR NOSOTROS

Me amó, y se entregó por mí. (Gal. 2, 20)

I. ¡Oh Jesús mío!, si por mi amor abrazasteis vida penosa y muerte amarga, bien puedo decir que vuestra muerte es mía, que míos son vuestros dolores, míos vuestro méritos, mío vos mismo, ya que por mí os entregasteis a tanta suerte de padecimientos.

¡Ah Jesús mío!, la pena que más me aflige es pensar en el tiempo en que erais mío, habiéndoos yo luego perdido tantas veces voluntariamente. Perdonadme, unidme a vos y no permitáis que os tenga que perder en adelante. Os amo con toda mi alma. Vos deseáis ser todo mío y yo quiero ser todo vuestro.

II. Por ser el Hijo de Dios, Dios verdadero, es infinitamente dichoso, y, con todo, tanto hizo y padeció

por el hombre, que, según Santo Tomás, se diría no podía ser feliz sin el hombre. Si Jesucristo hubiera tenido que conquistarse en la tierra su propia felicidad, ¿qué más hubiera podido hacer que cargar con todas nuestras debilidades, sufrir todas nuestras enfermedades y acabar la vida con muerte tan dura e infame? Pero no: El era inocente, era santo, era feliz por sí mismo, y cuanto hizo y padeció fue para obtenernos la gracia de Dios y el paraíso, que habíamos perdido.

¡Desgraciado quien no os ama, Jesús mío, ni vive enamorado de tan excelsa bondad!

III. Si Jesucristo nos hubiera permitido pedirle las mayores pruebas de su amor, ¿quién jamás hubiera osado pedirle se hiciera hombre como nosotros, abrazase nuestras miserias hasta trocarse en el más pobre, en el más despreciado, en el más maltratado de todos los hombres; hasta morir a puros tormentos en infame leño, maldito y abandonado de todo el mundo, hasta de su Padre Dios? Pero lo que nosotros no hubiéramos ni osado pensar, El lo pensó y ejecutó.

Amado Redentor mío, alcanzadme la gracia que con vuestra muerte me merecisteis. Os amo y me arrepiento de haberos ofendido; tomad mi alma, que no quiero la posea más el demonio, sino vos, que la comprasteis con vuestra sangre. Vos solo me amáis y a vos solo quiero amar. Libradme del castigo de vivir sin vuestro amor y después castigadme como os plazca.—María, Refugio mío, en la muerte de Jesús y en vuestra intercesión cifro mis esperanzas.

6. LA CONSIDERACIÓN DE NUESTROS PECADOS AFLIGIÓ A JESÚS DESDE EL SENO DE SU MADRE

Mi dolor está siempre ante mí (Sal. 37, 18)

I. Todas las aflicciones e ignominias que padeció Jesucristo en vida y en muerte, todas le estuvieron presentes desde el primer momento de su existencia, y a cada instantes las ofrecía todas en satisfacción de nuestros pecados. Reveló el Señor a un siervo suyo que cada pecado de los hombres le causó en vida tanto dolor, que hubiera bastado a quitársela, si no la hubiese conservado para sufrir aún más.

He aquí, pues, Jesús mío, la hermosa correspondencia que habéis recibido de los hombres, y en especial de mí. Vos empleasteis treinta años de vida en mi salvación, y yo tantas veces busqué, en cuanto de mí dependía, haceros morir de dolor siempre que pecaba.

II. Escribe San Bernardino de Siena que Jesucristo veía en particular cada una de nuestras culpas. Esta consideración de nuestros pecados le continuó afligiendo profundamente desde que era niño. Y Santo Tomás añade que el conocimiento que tenía de la injuria que todo pecado hace a su Padre y el perjuicio que a nosotros nos causa, excedió al dolor de todos los pecadores contritos, incluso al de aquellos que murieron por la violencia de su contrición; y la explicación es que ningún pecador amó tanto a Dios y a la propia alma cuanto Jesucristo amó a su Padre y a nuestras almas.

Pues bien, Jesús mío, ya que nadie me amó más que vos, justo es que os amé más que a todos los de-

más; y hasta puedo decir que tan sólo vos me amasteis y que yo no quiero amar más que a solo vos.

III. La agonía que sufrió Jesús en el huerto de los Olivos a vista de nuestras culpas, que se había encargado de expiar, la padeció desde el seno de su Madre. Por eso, si la vida de Jesucristo fue una aflicción continuada a causa de nuestros pecados, estamos obligados, mientras vivamos, a no afligirnos de otro mal que de las culpas que hayamos cometido.

Amado Redentor mío, quisiera morir de dolor al pensar en las amarguras con que os he acibarado la vida. Amor mío, si me amáis, dadme tal dolor que me cause la muerte, para alcanzar así el perdón y la gracia de amaros con todas mis fuerzas. Os entrego por completo el corazón, y si no sé dároslo enteramente, tomadlo vos e inflamadlo en vuestro santo amor.— ¡Oh Abogada de los miserables, María, a vos me encomiendo!

7. DESEO QUE TUVO JESÚS DE PADECER POR NOSOTROS

Con bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustias las mías hasta que se cumpla! (Lc. 12, 50)

I. Podía Jesús salvarnos sin padecer, pero no lo hizo, sino que quiso abrazarse con vida de dolores y desprecios, privada de todo consuelo terreno y abocada a muerte amarguísima y desolada, sólo para darnos a entender el amor que nos tenía y el deseo que le consumía de que le amáramos. Pasó toda la vida suspirando por la hora de la muerte, que deseaba ofrecer a

Dios para alcanzarnos la salvación eterna. Tal deseo le hizo exclamar: *Con bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustias las mías hasta que se cumpla!* Deseaba ser bautizado con su misma sangre para lavar, no ya los suyos, sino nuestros pecados.

¡Oh amor infinito, desgraciado quien no os conoce ni os ama!

II. Este deseo le hizo decir después, en la noche anterior a su muerte: *Con deseo deseé comer esta Pascua con vosotros.* Con tales palabras patentizaba no haber tenido más deseo en su vida que ver llegar el tiempo de su pasión y su muerte, para que el hombre conociera el amor inmenso que le tenía.

¡Oh Jesús!, si tanto deseáis nuestro amor que para alcanzarlo no titubeasteis en morir, ¿cómo podría yo negar nada a quien por amor mío entregó sangre y vida?

III. Dice San Buenaventura que es cosa maravillosa ver a un Dios padecer por amor a los hombres, pero que es aún más maravilloso considerar cómo a los hombres que lo ven padecer tanto por su amor, tiritar de frío en la gruta, vivir como pobre artesano en un taller, morir como reo en una cruz, no se sienten abrasados de amor hacia un Dios tan amante, y hasta llegan a despreciar este amor por miserables placeres terrenos. Mas ¿cómo será posible que un Dios esté tan enamorado de los hombres, y que los hombres, tan agradecidos entre sí, sean tan ingratos para con Dios?

¡Ah Jesús mío!, que entre estos ingratos me hallo yo, pobre de mí. Decidme cómo pudisteis padecer tanto por mí, sabiendo las injurias con que os habría de atribular. Pero, ya que me soportasteis hasta el presente y queréis salvarme, infundirme profundo dolor de mis pecados, dolor que iguale a mis ingratitudes.

Odio y detesto profundamente, Señor mío, los disgustos que os he dado. Si en lo pasado desprecié vuestra gracia, ahora la estimo más que todos los reinos de la tierra. Os amo con toda el alma, ¡oh Dios!, digno de infinito amor, y deseo vivir sólo para amaros. Acrecentad estas llamas y dadme más amor. Recordadme siempre el amor que me tuvisteis, para que mi corazón arda siempre en amor por vos, como el vuestro arde en amor por mí.— Corazón ardoroso de María, abrasad mi pobre corazón en el fuego del santo amor.

8. DE TRES FUENTES DE GRACIAS QUE TENEMOS EN JESUCRISTO

Sacaréis aguas con alegría de las fuentes de salvación (Js. 12, 3).

I. Tenemos en Jesucristo tres fuentes de gracia. La primera es de *misericordia*, en la que nos podemos purificar de todas las máculas de nuestros pecados. Con tal fin, nuestro amantísimo Redentor, y para bien nuestro, formó esta dichosa fuente con su misma sangre: *Al que nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre.*

Amado Salvador mío, ¡cuánto es lo que os debo! Vos hicisteis por mí lo que no hubiera hecho un criado por su señor ni un hijo por su parte. ¡Ah! Ya no puedo vivir sin amaros, pues vos me pusisteis con vuestro amor en la necesidad de corresponderos.

II. La segunda fuente es *de amor*. Quien medita en los sufrimientos e ignominias de Jesucristo por nuestro amor, desde el nacimiento hasta la muerte, es im-

posible que no se sienta abrasado en la feliz hoguera que vino a encender por la tierra en los corazones de todos los hombres. Así es como las aguas de esta fuente lavan e inflaman a la vez nuestra alma.

Haced, pues, Jesús mío, que la sangre que derramasteis por mí, no tan sólo me lave de las culpas con que os ofendí, sino que me abraze en santo amor a vos. Haced que todo lo olvide, para atender tan sólo a amaros a vos, Dios mío, digno de infinito amor.

III. La tercera fuente es de *paz*, que esto quieren decir las palabras de Jesucristo: *Quién tiene sed, venga a mí* (Jn. 7. 37). Quien desee la paz del corazón, venga a mí, que soy el Dios de la paz. La paz que da el Señor a la almas que le aman no es la paz prometida por el mundo en los placeres de los sentidos o en los bienes temporales, que no satisfacen al humano corazón; la paz que da Dios a sus siervos es la paz verdadera, plenitud de paz que contenta y supera cuantos goces pueden dar las criaturas: *Quien bebiere del agua que yo le diere, no tendrá sed eternamente* (Jn. 4, 13). Quien ama a Dios renuncia a todo, todo lo desprecia y no busca más que a Dios.

Sí, Dios mío, sólo a vos quiero y nada deseo fuera de vos. Tiempo hubo en que andaba tras de los bienes que no eran vos; mas, al pensar en la injusticia con que os traté al posponeros a bienes viles y pasajeros, quisiera morir de dolor. Reconozco el mal hecho y lo retracto de todo corazón. Reconozco también que merecéis todo mi amor, por lo que os vuelvo a repetir, y espero repetíroslo siempre en esta y en la otra vida: Dios mío, Dios mío, sólo a vos quiero y nada más que a vos, sólo a vos quiero y nada más que a vos.— ¡Oh María, vos que sois la primera amante de este Dios, comunicadme vuestro amor!

9. BONDAD DE DIOS EN LA OBRA DE LA REDENCION

Se encarnó por virtud del Espíritu... y se hizo hombre *Symb. Const.*

Considera cómo, habiendo Dios creado al primer hombre para que le sirviese y amase en esta vida y para hacerlo después reinar eternamente en el cielo, lo enriqueció con luces y gracias a ello conducentes. Pero el hombre, ingrato, se rebeló contra Dios, negándole la obediencia que le debía en justicia y por gratitud, quedando así, con toda su descendencia, por rebelde, privado de la divina gracia y excluido para siempre del cielo. Ya tenemos, después de la ruina del pecado, a todos los hombres perdidos, todos ciegos, entre tinieblas y sombras de muerte. Dominaba a todos el demonio, y el infierno causaba entre ellos innumerables ruinas. Hasta que Dios, viendo a los hombres reducidos a tan miserable estado, movido a compasión, resolvió salvarlos. Mas ¿cómo? No envió a un ángel ni a su serafín, sino que, para manifestar al mundo el inmenso amor que tenía a estos ingratos gusanillos, envió a su Hijo *en semejanza de carne de pecado*. Ordenó que su Hijo se hiciera hombre y se revistiera de la misma carne de los hombres pecadores, para que con sus penalidades y muerte satisficiera a la divina justicia por los delitos ajenos, librase a los hombres de la muerte eterna y reconciliándolos con su divino Padre, les alcanzase la gracia divina y los hiciese dignos de entrar en el reino eterno.

Pondera aquí, de una parte, la ruina inmensa que trae el pecado a las almas, privándolas de la amistad de Dios y del paraíso y condenándolas a una eterni-

dad de penas. Pondera, por otra parte, el infinito amor de que Dios dio pruebas en esta obra de la encarnación del Verbo, haciendo que su Unigénito viniese a sacrificar su vida divina a manos de los verdugos sobre la cruz, en un mar de dolores y vituperios, para alcanzarnos el perdón y la salvación eterna. ¡Cuán cierto es que, al contemplar este misterio y exceso del amor divino, debiéramos exclamar: ¡Oh bondad infinita, oh misericordia infinita, oh amor infinito! ¿Un Dios hacerse hombre para venir a morir por mí?

Afectos y súplicas

¿Cómo se explica, Jesús mío, que hayamos tantas veces renovado voluntariamente, por medio de tantos ultrajes, aquella ruina del pecado que habíais reparado con vuestra muerte? ¡Vos a tanta costa me salvasteis y yo me perdí tan a menudo, perdiendo a mi infinito bien! Pero confío en lo que dijisteis, que, cuando el pecador que os volvió las espaldas se convierte, vos os dignáis tenderle los brazos. *Volveos a mí, dice Yahveh Sebaot, y yo me volveré a vosotros* (Zac. 1, 3). Y aun añadisteis: *Si uno* (oyere mi voz) *y abriere la puerta, yo entraré a él* (Ap. 3, 20). He aquí, Señor, a uno de estos rebeldes, ingrato y traidor, que muchas veces os volvió las espaldas y os arrojó de su alma, pero ahora me arrepiento de todo corazón por haberos tan mal tratado y despreciado vuestra gracia. Me arrepiento y os amo sobre todas las cosas. Ved ya aquí abierta la puerta de mi corazón; entrad, pero entrad para no salir más de él. Ya comprendo que vos no os marcháis si yo no vuelvo a arrojaros; pero esto es lo que temo y ésta la gracia que os pido y espero pedir os siempre: hacedme morir antes de usar con vos esta

nueva y mayor ingratitud. Amado Redentor mío, por las ofensas con que os contristé, no merecería amaros más; pero, por vuestros merecimientos, os pido el don de vuestro santo amor. Dadme para ello a conocer cuán gran bien sois, el amor que me habéis tenido y cuánto hicisteis para obligarme a amaros. Dios y Salvador mío, no me dejéis vivir ingrato a tanta bondad. No quiero dejaros más, Jesús mío; basta de ofensas. Razón es que los años que me queden de vida los emplee en amaros y agradaros. Jesús mío, Jesús mío, ayudadme; ayudad a un pecador que os quiere amar.

¡Oh María, Madre mía, vos que todo lo podéis con Jesús, a título de Madre, decidle que me perdone, decidle que me encadene con su santo amor! Sois mi esperanza y en vos confío.

10. GRANDEZA DEL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

Y el Verbo se hizo carne (Jn. 1, 14).

Mandó el Señor a San Agustín que grabara en el corazón de Santa María Magdalena de Pazzi estas palabras: *Y el Verbo se hizo carne*. Pidamos también al Señor que nos ilumine y dé a comprender este excelso y prodigio de amor por el que el Verbo eterno, Hijo de Dios, se hizo hombre por nuestro amor. La santa Iglesia se llena de admiración al considerar este gran misterio. Si Dios hubiera creado otros miles de mundos, mayores y más hermosos que los actuales, cierto que esta obra sería infinitamente menor que la encarnación del Verbo. En la ejecución de la obra de la en-

carnación se necesitó la omnipotencia y sabiduría infinita de un Dios para conseguir que la naturaleza humana se uniese a una persona divina y que una persona divina se humillase hasta tomar la naturaleza humana; de modo que Dios se hizo hombre y el hombre se hizo Dios, y habiéndose unido la divinidad del Verbo al alma y al cuerpo de Jesucristo, se tornaron divinas todas las acciones de este Hombre-Dios: divinas sus oraciones, divinos sus padecimientos, divinos sus vagidos, divinas las lágrimas, divinos los pasos, divinos los miembros, divina la sangre para hacer de ella baño de salud que lavase nuestros pecados y sacrificio de infinito valor para aplacar la justicia del Padre, justamente indignado con los hombres. Y ¿quiénes son estos hombres? Miseras criaturas, ingratas y rebeldes. Y por ellas ¡hacerse un Dios hombre! ¡Padecer y morir por salvar a estos indignos seres! *Se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.* ¡Oh santa fe!, si no nos aseguraras de esto, ¿quién pudiera nunca creer que un Dios de infinita majestad se hubiese abajado hasta hacerse gusanillo como nosotros, para salvarnos a costa de tantas penas e ignominias y de una muerte tan cruel y vergonzosa?

¡Oh gracia! ¡Oh fuerza del amor!, exclama San Bernardo. ¡Oh gracia que los hombres ni hubiéramos imaginado si el mismo Dios no hubiera pensado en hacémosla! ¡Oh amor divino, que no podrá jamás comprenderse! ¡Oh misericordia, oh caridad infinita, que no puede nacer más que de una bondad infinita!

Afectos y súplicas

¡Oh alma, oh cuerpo, oh sangre de mi Jesús!, os adoro y os doy gracias; vos sois mi esperanza, sois el pre-

cio pagado por mi rescate de infierno, tantas veces merecido. ¡Oh Dios, y qué vida tan infeliz y desesperada me hubiera aguardado en la eternidad si vos, Redentor mío, no hubieseis pensado en salvarme con vuestras penas y con vuestra muerte! Y ¿cómo las almas, redimidas por vos con tanto amor, sabiendo esto, pueden vivir sin amaros y menospreciando vuestra gracia, que con tantos trabajos les habéis procurado? Y yo ¿ignoraba todo esto? ¿Cómo os ofendí, y os ofendí tan a menudo? Reconozco nuevamente que vuestra sangre es mi esperanza; reconozco el grande agravio que os hice. ¡Ojalá que antes de ello hubiese muerto mil veces! ¡Ojalá os hubiese siempre amado! Os agradezco por darme tiempo de amaros. Espero en la vida que me resta y en toda la eternidad alabar para siempre las misericordias que conmigo usasteis. Después de mis pecados, merecía mayores tinieblas, y me favorecéis con más luces. Merecía vuestro abandono, y con voces más amorosas me seguís llamando. Merecía que mi corazón permaneciese endurecido, y lo habéis enternecido y llenado de compunción. Así que por vuestra gracia experimento vivo dolor de las ofensas que os hice, siento en mí gran deseo de amaros, firme resolución de perderlo todo antes que vuestra amistad, un amor a vos que me torna aborrecible cuanto os desagrada. Y este dolor, este deseo, esta resolución, ¿quién me los da? Me los dais vos con vuestra misericordia. Luego, Jesús mío, señal es de haberme perdonado y de que ahora me amáis y me queréis salvar a toda costa. Vos queréis salvarme, y yo quiero mi salvación, principalmente para agradaros; vos me amáis y yo os amo, pero os amo poco: dadme más amor, que vos merecéis mayor amor de mí por haber recibido gracias más especiales que los demás. ¡Ea, pues!, aumentad en mí tales llamas de amor.

Santísima Virgen María, alcanzadme que el amor de Jesús consuma y destruya en mí los afectos que no sean para Dios. Vos, que escucháis a todos, escuchadme también a mí, y alcanzadme el amor y la perseverancia.

11. AMOR DE DIOS A LOS HOMBRES

Así amo Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito (Jn. 3, 16).

Considera cómo el Eterno Padre, dándonos a su Hijo por redentor, por víctima y por precio de nuestro rescate, no podía facilitarnos motivos más poderosos de esperanza y de amor para inspirarnos confianza y obligarnos a amarlo. Después de habernos dado a su Hijo, dice San Agustín, ni supo ni tuvo qué más darnos. Quiere que aprovechemos de este inmenso don de infinito valor para obtener la eterna salvación y toda gracia que nos sea necesaria para conseguirla, porque en Jesús encontramos cuanto podemos desear: luz, fortaleza, paz, confianza, amor y gloria eterna, pues es cierto que Jesucristo es don en el cual encontramos todos los dones que podemos buscar y desear: *¿Cómo no juntamente con El nos dará de gracia todas las cosas?* (Rm. 8, 32) Habiéndonos Dios dado a su querido Unigénito, que es fuente y tesoro de todos los bienes, ¿quién puede temer le haya de negar la gracia que le pida? *El cual* (Cristo Jesús) *fue hecho para nosotros sabiduría, como también justicia, santificación y redención* (1 Cor. 1, 30).

Dios nos lo dio a nosotros, ignorantes y ciegos, como luz y sabiduría para caminar por la senda de la

salvación; a nosotros, dignos del infierno, para que fuera nuestra justicia para aspirar al paraíso; a nosotros, pecadores, para que fuese nuestra santificación y pudiésemos llegar a la santidad; a nosotros, en fin, esclavos del demonio para ser nuestro rescate y poder adquirir la libertad de hijos de Dios. En suma, dice el Apóstol que con Jesucristo hemos sido enriquecidos de todo bien y de toda gracia, si la pedimos por sus méritos.

En todo fuisteis enriquecidos en El..., hasta el punto de no quedaros vosotros atrás en ningún carisma (Ibid).

Y este don que nos hizo Dios de su Hijo es don hecho a cada uno de nosotros, pues El lo dio todo a cada uno, de suerte que todos podemos decir: Jesús es todo mío; mío su cuerpo, mía su sangre, mía su vida, míos su dolores, su muerte, sus merecimientos. De ahí que dijese San Pablo: *Me amó y se entregó por mí*. Lo mismo podemos decir todos: Me amó mi Redentor y por el amor que me tuvo se entregó todo a mí.

Afectos y súplicas

¡Oh Dios eterno!, ¿y quién jamás podría hacer este don de infinito valor sino vos, que sois Dios de infinito amor? ¡Ah Creador mío!, y ¿qué más pudierais hacer para inspirarnos confianza en vuestra misericordia y obligarnos a amaros? Señor, yo os pagué con ingratitud, pero vos dijisteis: *Sabemos que Dios coordina toda su acción al bien de los que le aman* (Rm. 8, 28). No quiero, pues, que el número sin número y la enormidad de mis pecados me lleven a desconfiar de vuestra bondad, sino que me sirvan para mayor humillación cuando me afrenten, que muchas afren-

tas y desprecios merece quien tanto se atrevió a ofender a vuestra infinita Majestad. Quiero que me sirvan para mejor resignarme con las cruces que me enviéis, para ser más diligente en serviros y honraros, a fin de compensaros de las ofensas que os he hecho. Quiero, sí, acordarme siempre, Dios mío, de los disgustos que os causé, para alabar más y más vuestra misericordia, abrasarme siempre en vuestro amor, que me buscó cuando huía de vos y que tantos beneficios me hizo, a pesar de mis innumerables ultrajes. Espero, Señor, que me hayáis perdonado. Me arrepiento, y quiero arrepentirme siempre, de las ofensas que os hice. Quiero seros agradecido, compensando con mi amor la ingratitude pasada; pero vos me habéis de ayudar, y a vos pido la gracia de ejecutar esta resolución. Hacedos amar, ¡oh Dios mío!, por vuestra gloria, de este pecador que tantas veces os ofendió. ¡Dios mío, Dios mío!, y ¿quién podrá de nuevo dejar de amaros y separarse de vuestro amor?

¡Oh María, Reina mía, socorredme, ya que conocéis mi debilidad! Haced que me encomiende a vos siempre que el demonio se esfuerce por separarme de Dios. ¡Madre mía, Esperanza mía, ayudadme!

12. EL VERBO SE HIZO HOMBRE EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Mas, cuanto vino la plenitud del tiempo, envió Dios desde el cielo, de cabe sí, a su propio Hijo (Gal. 4, 4).

Considera cómo Dios dejó pasar cuatro mil años después del pecado de Adán primero que enviar a su

Hijo a la tierra para que rescatase al mundo. Y, entre tanto, ¡qué de tinieblas y ruinas se apoderaban del orbe! El Dios verdadero ni era conocido ni adorado más que en un rinconcito del mundo. Por doquier reinaba la idolatría y se adoraban como dioses a los demonios, a las fieras, a las piedras. Pero admiremos aquí la divina sabiduría, que difirió la venida del Redentor para hacerla más grata a los hombres. La difirió para que se conociese mejor la malicia del pecado, la necesidad del remedio y la gracia del Salvador. Si hubiera venido el Redentor inmediatamente después del pecado de Adán, habríase estimado en poco la grandeza del beneficio. Agradezcamos, pues, a la bondad de Dios el habernos hecho nacer después de llevada a cabo la gran obra de la redención. He aquí ya llegado el afortunado instante que se llamó plenitud de los tiempos. *Mas cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios desde el cielo, de cabe sí, a su propio Hijo... para rescatar a los que estaban sometidos a la sanción de la ley.* Dícese plenitud por la plenitud de la gracia que el Hijo de Dios vino a comunicar a los hombres mediante la redención. El ángel embajador es ya enviado a la ciudad de Nazaret para anunciar a la Virgen María la venida del Verbo, que desea encarnarse en su seno. El ángel la saluda, llámala llena de gracia y bendita entre todas las mujeres. Ella, la elegida por madre del Hijo de Dios, la humilde virgencita, se turba por su gran humildad; mas el ángel infúndele ánimo, diciéndole que ha hallado gracia ante Dios, es decir, la gracia, mensajera de la paz entre Dios y los hombres y la reparación de la ruina ocasionada por el pecado. Indícale luego el nombre del Salvador que ha de imponer a su Hijo: *Le pondrás por nombre Jesús* (Mt. 1, 21). Y este Hijo suyo era el mismo Hijo de

Dios, que había de redimir al mundo, reinando así sobre los corazones de los hombres. Consideremos, finalmente, cómo María acepta ser madre de tal Hijo: *Hágase en mí según tu palabra* (Lc. 1, 38). Y el Verbo eterno tomó carne y se hizo hombre. *Y el Verbo se hizo carne*. Demos gracias a este Hijo y démoselas también a esta Madre, que, aceptando ser madre de tal Hijo, aceptó ser madre de nuestra salvación y juntamente madre de dolores, abrazando desde entonces todo el abismo de dolores que le había de acarrear el ser madre de un Hijo venido al mundo para sufrir y morir por los hombres.

Afectos y súplicas

¡Oh Verbo divino, hecho hombre por mí!, aunque os vea tan humillado y hecho niño en el seno de María, os confieso y reconozco como mi Señor y Rey, pero Rey de amor. Amado Salvador mío, puesto que vinisteis a la tierra a vestiros de nuestra mísera carne para reinar sobre nuestros corazones, venid a establecer también vuestro reino sobre mi corazón, que algún tiempo estuvo dominado por vuestros enemigos, pero que ahora es vuestro, como espero, y quiero que siempre lo sea y que de hoy en adelante vos seáis su único Señor: *Entre tus enemigos ten el mando* (Sal. 109, 2). Los otros reyes reinan con la fuerza de las armas, pero vos venís a reinar con la fuerza del amor, por lo que no venís con pompa regia, ni vestido de púrpura y oro, ni adornado de cetro y corona, ni rodeado de ejércitos de soldados. Venís a nacer en un establo, pobre, abandonado, y a ser colocado en un pesebre, sobre un poco de heno, porque así queréis comenzar a reinar en nuestros corazones. ¡Ah mi Rey

Niño!, y ¿cómo he podido rebelarme tantas veces contra vos y vivir tanto tiempo como enemigo vuestro, privado de vuestra gracia, cuando vos, para obligarme a amaros, depusisteis vuestra divina majestad y os humillasteis hasta el punto de convertir os en un niño en una gruta, trabajador en un taller o reo en una cruz? ¡Feliz de mí si ahora, que he salido (como espero) de la esclavitud de Lucifer, me dejara dominar siempre por vos y por vuestro amor! ¡Oh Jesús mío, que sois tan amable y tan amante de nuestras almas, tomad posesión de la mía, pues os la entrego. Aceptadla para que os sirva para siempre, pero que os sirva por amor. Vuestra majestad merece ser temida, pero más merece ser amada vuestra bondad. Vos, Rey mío, sois y seréis siempre mi único amor; y mi único temor será disgustaros. Así lo espero. Ayudadme vos con vuestra gracia.

Amadísima Señora mía, vos tenéis que alcanzarme la fidelidad a este amado Rey de mi alma.

13. HUMILLACIÓN DE JESÚS

Tomando forma de esclavo (Fil. 2, 7).

Baja a la tierra el Verbo eterno para salvar al hombre, mas ¿de dónde desciende? *Su salida al borde (tiene) de los cielos*. Desciende del seno de su divino Padre, donde fue engendrado desde toda la eternidad y donde habita entre los esplendores de los santos. Y ¿adónde desciende? Al seno de una virgen, hija de Adán, que, respecto al seno de Dios, no es sino lugar de horror, como canta la Iglesia: «No aborreciste el

seno de la Virgen». Sí, porque el Verbo habitando en el seno del Padre, es Dios como el Padre, inmenso, omnipotente, felicísimo, supremo Señor y en todo igual al Padre. Pero en el seno de María es criatura, pequeñito, débil, afligido, siervo y menor que el Padre: *Tomando forma de esclavo* (Fil. 2, 7). Cuéntase como gran prodigio de humildad aquel de San Alejo, que, siendo hijo de cierto noble caballero romano, quiso vivir como criado en su casa. Pero ¿qué tiene que ver la humildad de tal santo con la humildad de Jesucristo? Entre hijo y criado del padre de San Alejo había alguna diferencia de condición; pero entre Dios y siervo de Dios, habiéndose hecho siervo del Padre, también se hizo, para obedecerlo, siervo de sus criaturas, es decir, de María y de José: *Y vivía sometido a ellos* (Lc. 2, 51). Además, se hizo también esclavo de Pilatos, quien lo condenó a muerte, que El aceptó obediente; obedeció a los verdugos que lo flagelaron, lo coronaron de espinas y lo crucificaron, y El se sometió humildemente a todos, entregándose a sus manos. ¡Oh Dios!, ¿y nosotros rehusaremos después sujetarnos al servicio de este amable Salvador, que para salvarnos se sujetó a tantas, tan penosas e indecorosas servidumbres? Y antes que servir a Señor tan excelso y amante, ¿preferimos hacernos esclavos del demonio, que no tan sólo no ama a quienes le sirven, sino que los odia, trata tiránicamente y los hace infelices y desgraciados en esta y en la otra vida? Y si cometimos tamaña locura, ¿por qué no salimos presto de tan miserable esclavitud?

¡Ea, pues!, ya que hemos salido, por la gracia de Jesucristo, de la esclavitud del infierno, abracemos pronta y estrechemos amorosamente las suaves cadenas que nos harán siervos y amantes de Jesucristo, y

después nos obtendrán la corona del reino eterno entre los bienaventurados del paraíso.

Afectos y súplicas

Amado Jesús mío, vos sois Monarca de cielos y tierra, mas por amor mío os hicisteis súbdito hasta de los verdugos que os despedazaron las carnes, os talaron la cabeza y, finalmente, os dejaron muriendo de dolor enclavado en una cruz. Yo os adoro como Dios y Señor mío y me avergüenzo de comparecer ante vos al recordar que tantas veces, por cualquier mísero gustillo, rompí mis sagrados vínculos y os dije en vuestro rostro que no quería servirlos. Sí, justamente me reconvenís con estas palabras: *Rompiste tus ataduras y dijiste: «No serviré»* (Jr. 2, 20). Pero me animan a esperar el perdón, ¡oh Salvador mío!, vuestros méritos y vuestra bondad, que no sabe despreciar al corazón contrito y humillado: *Un corazón contrito y humillado, ¡oh Dios!, no lo desprecias* (Sal. 50, 19). Confieso, Jesús mío, que os disgusté sin razón; confieso que merezco mil infiernos por las ofensas que os hice; castigadme como queráis, mas no me privéis de vuestra gracia y amor. Me arrepiento, sobre todo otro mal, de haberos despreciado. Os amo con toda mi alma. Propongo, de hoy en adelante, no servir ni amar más que a vos. ¡Ah, por vuestros méritos, atadme con las cadenas de vuestro santo amor y no permitáis que vuelva a sacudirlas! Os amo sobre todas las cosas, ¡oh libertador mío!, y estimo más ser vuestro que ser dueño de todo el mundo. Y ¿de qué serviría todo el mundo a quien viviera privado de vuestra gracia? Dulcísimo Jesús, no permitáis que me aparte de vos. Esta gracia os pido y esta gracia os pediré siempre; y

os ruego me concedáis hoy la gracia de repetiros siempre esta oración: ¡Jesús mío, no permitáis que me separe de vuestro amor!

También a vos pido esta gracia, ¡oh Madre mía María! Ayudadme con vuestra intercesión a no separarme de mi Dios.

14. JESÚS ILUMINA AL MUNDO Y GLORIFICA A DIOS

Yahveh ha creado una cosa nueva en la tierra (Jr. 31, 22).

Antes de la venida de Mesías, el mundo estaba sepultado en noche tenebrosa de ignorancia e iniquidad. Apenas si el verdadero Dios era conocido en el mundo más que en un rinconcito de la tierra, en Judea. *Se ha dado a conocer Dios en Judá* (Sal. 75, 2). En cuanto al resto del mundo, adorábanse por dioses a los demonios, a las bestias y hasta a las piedras. Por doquier reinaba la noche del pecado, que ciega a las almas y las llenas de vicios y las priva de ver el miserable estado en que viven, enemigas de Dios y condenadas al infierno. *Echas tú las tinieblas, y es de noche, — en ellas se deslizan todas las alimañas de la selva* (Sal. 33, 20). De estas tinieblas vino Jesús a librar al mundo: *Una luz ha resplandecido sobre — los que habitaban en la tierra de sombras de muerte* (Is. 9, 2). Lo libró de la idolatría, dándole a conocer la luz del verdadero Dios, y lo libró del pecado con la luz de su doctrina y de sus divinos ejemplos: *Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para destruir las obras del*

diablo (1 Jn. 3, 8). Predijo el profeta Jeremías que Dios había de crear un niño nuevo, para que fuese el Redentor de los hombres. *Yahveh ha creado una cosa nueva en la tierra* (Jr. 31, 22). Este niño nuevo fue Jesucristo, que es el Hijo de Dios, que enamora al paraíso y es el amor del Padre, que habla así: *Este es mi Hijo querido, en quien me agradé* (Mt. 17, 5). Y este Hijo es quien se hizo hombre, niño nuevo, porque desde el primer momento de su existencia rindió a Dios más gloria y honor que la que le rindieron o rendirán todos los ángeles y santos juntos por toda la eternidad. De ahí que cantaron los ángeles en la naci-miento de Jesús: *Gloria a Dios en la alturas* (Lc. 2, 14). Jesús niño rindió a Dios más gloria que la que le quitaron todos los pecados de los hombres.

Animémonos, pues, nosotros, pobres pecadores; ofrezcamos al Eterno Padre este Niño, presentémosle las lágrimas, la obediencia, la humildad, la muerte y los merecimientos de Jesucristo, y así repararemos el des-honor que le habíamos causado con nuestras ofensas.

Afectos y súplicas

¡Ah Dios eterno!, yo os deshonré posponiendo tan-tas veces vuestra voluntad a la mía y vuestra santa gracia a mis viles y miserables satisfacciones. ¿Qué esperanza de perdón habría para mí si no me hubie-rais dado a Jesucristo, precisamente para ser la espe-ranza de nosotros, pobres pecadores? *El es propicia-ción por nuestros pecados* (1 Jn. 2, 2). Sí, porque Je-sucristo, sacrificando la vida en satisfacción de cuan-tas injurias le habíamos hecho, nos honró más que cuanto nosotros le habíamos deshonrado con nuestros pecados. Recibidme, pues, ¡oh Padre mío!, por amor

de Jesucristo. Me arrepiento, infinita bondad, de haberos ultrajado. *Padre, pequé contra el cielo y ante ti; no soy digno de llamarme hijo tuyo* (Lc. 15, 21). Soy indigno de perdón, pero Jesucristo es digno de ser escuchado por vos. El os rogó un día por mí desde la cruz: *Padre, perdónalos*; (Lc. 23, 34); y aun ahora, en el cielo, os está diciendo que me recibáis por hijo: *Abogado tenemos ante el Padre a Jesucristo* (1 Jn. 2, 1). Recibid un hijo ingrato que os dejó primero, mas ahora vuelve resuelto a amaros siempre. Sí, Padre mío, os amo y quiero amaros siempre; ahora que conozco el amor que me tuvisteis y la paciencia con que me soportasteis tantos años, no podría vivir sin amaros. Dadme gran amor, que me haga llorar siempre los disgustos que os di, Padre mío tan bueno, y me abraze siempre en amor hacia un Padre tan amante. Padre mío, os amo, os amo.

Tierna Madre mía, Dios es mi Padre y vos sois mi Madre; ya que todo lo podéis ante Dios, ayudadme y alcanzadme su santo amor y la santa perseverancia.

15. EL HIJO DE DIOS CARGA CON TODAS NUESTRAS INIQUIDADES

Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y como víctima por el pecado, condenó al pecado en la carne (Rm. 8, 3).

Considera el estado de humillación a que quiso abatirse el Hijo de Dios, pues no sólo quiso tomar forma de esclavo, sino también de esclavo pecador *en semejanza de carne de pecado*. De aquí que escribie-

ra San Bernardo: «No sólo se contentó con adoptar la forma de esclavo para sujetarse a otro, sino también la de esclavo delincuente, para ser castigado». No sólo quiso adoptar la condición de esclavo para sujetarse a los demás el que era el Señor de todos, sino que se revistió de esclavo delincuente para ser castigado el que era Santo de los santos. A tal fin quiso vestirse de la misma carne de Adán, inficionada por el pecado. Y, si bien no contrajo la mancha del pecado, con todo, tomó sobre sí todas las miserias que la naturaleza humana había contraído en pena del pecado.

Nuestro Redentor, para alcanzarnos la salvación, se ofreció voluntariamente al Padre para expiar todas nuestras culpas, y el Padre le cargó con todas nuestras iniquidades: *Mientras Yahveh hizo que le alcanzara la culpa de todos nosotros*. He aquí, pues, al Verbo divino, al inocente, purísimo, santo, helo desde niño cargado con todas las blasfemias, iniquidades de todos los sacrilegios y de todos los delitos de los hombres, hecho por nuestro amor objeto de todas las maldiciones divinas a causa de los pecados por lo que se había obligado a pagar a la divina justicia. Así es como Jesucristo tomó sobre sí las maldiciones de tantos cuantos fueron y serán los pecados mortales de todos los hombres. Y tal se presentó al Padre, venido que fue al mundo, desde el principio de su existencia, cual reo y deudor de todas nuestras maldades, siendo por ello condenado por el Padre a morir ajusticiado y maldito sobre una cruz: *Y como víctima por el pecado, condenó al pecado en la carne* (Rm. 8, 3).

Si el Eterno Padre hubiese sido capaz de sufrir, ¡qué pena habría experimentado al verse forzado a tratar como reo, y el más malvado reo del mundo a aquel inocente Hijo amadísimo, que era tan digno de su

amor! *Ecce homo* (Jn. 19, 5), decía Pilatos, al mostrarlo al pueblo judío, después de la flagelación, para excitarlo a compadecerse de aquel inocente tan maltratado. *Ecce homo* parece que el Eterno Padre nos dice a nosotros, mostrándonoslo en el estado de Belén: Este niño que veis (dice) colocado en un pesebre de animales, sobre la paja, es mi queridísimo Hijo, venido a cargar sobre sí vuestros pecados y vuestras penas; amadlo, pues, porque es dignísimo de vuestro amor y tanto os ha obligado a amarlo.

Afectos y súplicas

¡Ah Señor mío inocente, inmaculado espejo, amor del Eterno Padre, no se debían a vos los castigos y maldiciones, sino a mí pecador!; pero vos quisisteis demostrar al mundo este exceso de amor, sacrificando vuestra vida para alcanzarnos perdón y salvación, pagando con vuestras penas las merecidas por nosotros. Alaben y bendigan todas las criaturas vuestra misericordia y bondad infinita. Os lo agradezco en nombre de todos los hombres, y en especial en nombre propio, ya que, habiéndoos ofendido más que los otros, las penas por vos sufridas las sufristeis más por mí que por los demás. Maldigo mil veces mis indignos placeres, que tanto dolor os costaron. Mas, ya que habéis pagado el precio de mi rescate, haced que no sea perdida para mí la sangre por mí derramada. Me arrepiento de haberos despreciado, amor mío, pero aun os pido más arrepentimiento. Dadme a conocer el mal que os hice ofendiéndoos, mi Redentor y mi Dios, que tanto padecisteis para obligarme a amaros. Os amo, bondad infinita, y deseo amaros más; quisiera amaros cuanto merecéis. Hacedos amar, Jesús mío, hacedos amar

de mí y de todos, que bien lo merecéis. ¡Ah! Iluminad a los pecadores que no os quieren conocer ni os quieren amar; dadles a conocer cuanto hicisteis por su amor y el deseo que tenéis de su salvación.

Santísima Virgen María, rogad a Jesús por mí y por los pecadores; alcanzadnos luz y gracia para amar a vuestro Hijo, que tanto os amó.

16. DIOS ENVÍA A SU HIJO A LA MUERTE PARA DARNOS LA VIDA

Mas Dios, rico como es en misericordia, por el extremado amor con que nos amó, aun cuando estábamos nosotros muertos por los pecados, nos vivificó con la vida de Cristo (Ef. 2, 4).

Considera que la muerte del alma es el pecado, porque este enemigo de Dios nos priva de la divina gracia, que es la vida del alma. Nosotros, pues, miserables pecadores, estábamos, por nuestros pecados, muertos y condenados al infierno. Dios, por su inmenso amor a nuestras almas, quiso devolvernos a la vida. Y ¿qué hizo? Envio a la tierra a su Hijo unigénito a que muriese, para que con su muerte nos recobrase la vida. Con razón, pues, el Apóstol llama a esta manifestación de caridad *extremado amor*. Sí, porque no hubiera podido jamás esperar el hombre recibir de modo tan amoroso la vida si Dios no hubiese hallado este modo de redimirlo: *Consiguiendo una redención eterna* (Heb. 9, 12). Estaban todos los hombres muertos y sin remedio para ellos, mas el Hijo de Dios, movido por las entrañas de su misericordia, vino del

cielo (Lc. 1, 78) y nos dio la vida. Precisamente por esto llama el Apóstol a Jesucristo nuestra vida: *Cuando Cristo se manifestare, que es vuestra vida* (Col. 3, 4). He aquí a nuestro Redentor, vestido ya de carne y hecho hombre, diciéndonos: *Yo vine para que tengan vida y anden sobrados*. A este fin vino a tomar sobre sí la muerte, para darnos la vida. Razón es, pues, que vivamos solamente para aquel Dios que se dignó morir por nosotros: (Cristo) *por todos murió, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que por ellos murió* (2 Cor. 5, 15). Razón es que Jesucristo sea el único Señor de nuestro corazón, ya que derramó su sangre y dio la vida para ganárselo: *Pues para esto Cristo murió y retornó a la vida, para que así de los muertos como de los vivos tenga señorío*.

Y ¿quién sería, Dios mío, el ingrato y desgraciado que, creyendo por la fe que un Dios murió para cautivarse su amor, rehuse después amarle y renunciando a su amistad, quisiera hacerse voluntariamente esclavo del infierno?

Afectos y súplicas

¿Conque, oh Jesús mío, si no hubieseis aceptado y sufrido la muerte por mí, habría yo quedado muerto en mi pecado, sin esperanza de salvación ni de poder amaros ya más? Pero, después de que con vuestra muerte me alcanzasteis la vida, de nuevo la perdí voluntariamente tantas veces por mis recaídas en el pecado; vos moristeis para ganarme el corazón, y yo, rebelándome contra vos, lo hice esclavo del demonio. Todo esto es verdad, pero también lo es que no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva,

y para esto moristeis, para darnos la vida. Me arrepiento de haberos ofendido, querido Redentor mío; perdonadme por los méritos de vuestra pasión, dadme vuestra gracia, dadme la vida que con vuestra muerte me comprasteis y dominad en adelante plenamente en mi corazón. No, no quiero que le domine más el demonio, pues ni es mi Dios, ni me ama, ni padeció nada por mí. En lo pasado no ha sido verdadero señor de mi alma, sino ladrón. Vos solo, ¡oh Jesús mío!, sois el verdadero Señor, que me criasteis y redimisteis con vuestra sangre; vos solo me amasteis y me amasteis tanto. Justo es, por ende, que yo os pertenezca solamente en lo que me reste de vida. Decidme qué queréis de mí, que todo lo quiero hacer. Castigadme como os plazca, que todo acepto; pero libradme sólo del castigo de vivir sin vuestro amor; haced que os ame y disponed después de mí como os agradare.

Santísima Virgen María, refugio y consuelo mío, encomendadme a vuestro Hijo: su muerte y vuestra intercesión son mi esperanza.

17. AMOR QUE EL HIJO DE DIOS NOS TESTIMONIÓ EN LA REDENCIÓN

Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros (Ef. 5, 2).

Considera cómo el Verbo eterno es el Dios infinitamente feliz en sí mismo, de manera que su felicidad no puede ser ya mayor, sin que la salvación de todos los hombres la pueda ya aumentar ni disminuir; y con todo, hizo y padeció tanto por salvarnos a nosotros,

miserables gusanillos, que no hubiera podido hacer ni padecer más si su felicidad, como dice Santo Tomás, hubiera dependido de la del hombre. «Como si no hubiera podido ser feliz sin el hombre». Y, en verdad, si Jesucristo no hubiera podido ser feliz sin redimirnos, ¿cómo habría podido humillarse más de lo que se humilló, hasta el extremo de cargar con nuestras enfermedades, abrazar los abatimientos de la infancia, las miserias de la vida humana y una muerte tan cruel e ignominiosa? Sólo un Dios era capaz de amarnos tan excesivamente, cuando por ser miserables pecadores éramos tan indignos de ser amados.

Si Jesucristo, dice un devoto autor, nos hubiese permitido pedirle las mayores pruebas de su amor, ¿quién jamás se habría atrevido a pedirle que se hiciera niño como nosotros, que se revistiese de todas nuestras miserias y que fuera, además, el más pobre de todos los hombres, el más vilipendiado y el más maltratado, hasta morir a manos de verdugos a fuerza de tormentos sobre un patíbulo infame, maldito y abandonado de todos, aun de su mismo Padre, que desamparó al Hijo para no abandonarnos a nuestra perdición?

Pero el Hijo de Dios pensó e hizo lo que nosotros no nos hubiéramos atrevido ni pensar. El, desde niño, se sacrificó por nosotros a las penalidades, a los oprobios y a la muerte. Nos amó y por nuestro amor se nos entregó a todos, para que, ofreciéndolo como víctima al Padre en satisfacción de nuestros delitos, podamos por sus méritos alcanzar de la divina bondad cuantas gracias deseemos: víctima más cara al Padre que si se le ofrecieran las vidas de todos los hombres y de todos los ángeles. Ofrezcamos, pues, siempre a Dios los méritos de Jesucristo y por ellos busquemos y espere-mos todo bien.

Afectos y súplicas

¡Jesús mío!, sobrada injusticia cometería contra vuestra misericordia y amor si, después de haberme manifestado tantas pruebas de afecto y tanto deseo de mi salvación, desconfiara de vuestra piedad y de vuestro amor. Amado Redentor mío, soy un pobre pecador, pero vos dijisteis haber venido a buscar los pecadores: *No vine a llamar justos, sino pecadores* (Mt. 9, 13). Soy un pobre enfermo, y vos vinisteis a curar las enfermedades: *No tienen necesidad de médico los sanos, sino los que se hallan mal* (Lc. 5, 31). Me perdí por mis pecados, y vos vinisteis a salvar a tales perdidos: *Porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecido* (Mt. 18, 11). ¿Qué habré, pues, de temer, si quiero enmendarme y ser vuestro? Tan sólo he de temer de mí y de mi debilidad, pero mi debilidad y pobreza han de aumentarme la confianza en vos, que asegurasteis ser refugio de pecadores: *Y refugio el Señor será del pobre*; (Sal. 9, 10), y prometisteis escuchar sus deseos: *Escuchaste (Señor) el anhelo de los míseros*. (Sal. 9, 17). Esta gracia, pues, os pido, Jesús mío; dadme confianza en vuestros méritos y haced que por ellos me encomiende siempre a Dios. Padre Eterno, salvadme del infierno, y antes del pecado, por amor de Jesucristo; por los méritos de este Hijo dadme luz para seguir vuestra voluntad, dadme fuerza contra las tentaciones, dadme el don de vuestro santo amor. Y, sobre todo, dadme, por favor, la gracia de pedir os siempre que me ayudéis por amor de Jesucristo, que prometió que vos concederíais cuanto pidiera a quien os lo pidiera en su nombre. Ciertamente me salvaré si de esta manera continúo pidiendo, y de no hacerlo así, ciertamente me perderé.

María Santísima, alcanzadme la gracia extraordinaria de la oración, de perseverar encomendándome siempre a Dios y también a vos, que alcanzáis de El cuanto queréis.

18. JESÚS, HOMBRE DE DOLORES DESDE EL SENO DE SU MADRE

Varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento (Is. 53, 3).

Llama el profeta Isaías a Jesucristo *varón de dolores*, porque fue engendrado expresamente para padecer, y desde niño comenzó a sufrir los mayores dolores que jamás sufrieron los hombres. El primer hombre, Adán, tiempo hubo en que disfrutó en el mundo las delicias del paraíso terrenal; pero el segundo Adán, Jesucristo, no tuvo momento alguno de la vida exento de afanes y de agonías, porque ya desde niño le afligió la funesta vista de todas las penalidades e ignominias que había de padecer en la vida y especialmente en la muerte, sumergido en tempestad de dolores y oprobios, según predijera por David: *He llegado hasta el fondo de las aguas y las olas me anegan* (Sal. 68, 3).

Jesucristo, desde el seno de María, aceptó la obediencia impuesta por el Padre sobre su pasión y muerte: *Hecho obediente hasta la muerte* (Fil. 2, 8), pues desde el seno de María previó los azotes y les ofreció sus carnes; previó las espinas y ofreciéndoles la cabeza; previó las bofetadas y ofreciéndoles las mejillas; previó los clavos y ofreciéndoles manos y pies; previó la cruz y ofreciéndole la vida; de suerte que, desde el primer mo-

mento de su infancia, padeció a cada instante de la vida un martirio continuado, ofrecido por nosotros al Eterno Padre.

Mas lo que sobre todo le afligía era la consideración de los pecados que habíamos de cometer, aun después de su tan penosa redención. El conocía sobradamente, con divina claridad, la malicia de cada pecado, y para acabar con ellos venía al mundo; pero, viendo además el número tan grande que se habían de cometer después, causó al corazón de Jesús una pena mayor que todas las padecidas y que han de padecer todos los hombres del mundo.

Afectos y súplicas

Dulce Redentor mío, ¿cuándo empezaré a ser reconocido a vuestra infinita bondad? ¿Cuándo comenzaré a reconocer el amor que me manifestasteis y las penalidades que por mí sufristeis? En lo pasado, en vez de amor y agradecimiento, os pagué con ofensas y desprecios. Y ¿habré de seguir siempre así, Dios mío, que nada perdonasteis para conquistaros mi amor? No, Jesús mío, no será así. Quiero, en los días que me restaren de vida, seros agradecido, y espero para ello vuestra ayuda. Si os ofendí, vuestras penas y vuestra muerte son mi esperanza. Prometisteis perdonar a quien se arrepiente; con toda el alma me arrepiento de haberos despreciado. Cumplid vuestra palabra, amor mío, y perdonadme. Amado Niño mío, os contemplo en ese pesebre clavado en la cruz, que ya tenéis presente y aceptáis por mí. Niño mío crucificado, os diré, gracias os doy por ello y os amo. Vos sobre esa paja, padeciendo ya por mí y aprestándoos a morir por mi amor, me invitáis y mandáis que os ame: *Amarás, pues,*

a Yahveh, tu Dios, con todo tu corazón (Mt. 22, 37), y yo nada quiero sino amaros. Así, pues, ya que vos queréis que os ame, dadme todo aquel amor que de mí pedís. El amor a vos es don vuestro, y el don mayor que podéis hacer a un alma. Aceptad, Jesús mío, por amante vuestro a un pecador que tanto os ofendió. Bajasteis del cielo a buscar a las ovejuelas perdidas: buscadme, pues, que yo no busco más que a vos. Vos amáis a quien os ama: *Yo amo a quienes me aman* (Pv. 8, 17). Yo os amo; amadme también vos; si me amáis, atadme a vuestro amor, y atadme de suerte que no pueda separarme más de vos.

María, Madre mía, ayudadme. Sea también gloria vuestra ver amado a vuestro Hijo por un pecador miserable que tanto os ofendió en lo pasado.

19. JESÚS, CARGADO CON TODOS LOS PECADOS DEL MUNDO

Y sus iniquidades (las de los hombres) cargará sobre sí (Is. 53, 11).

Considera cómo el Verbo divino, haciéndose hombre, no sólo quiso tomar la figura de pecador, sino cargar también con todos los pecados de los hombres y satisfacer por ellos cual si fuesen propios: *Y sus iniquidades* (las de los hombres) *cargará sobre sí*, como si las hubiera cometido, añade el P. Cornelio. Pensemos aquí la opresión y angustias en que se debió hallar el corazón del Niño Jesús, que ya había cargado con todos los pecados del mundo, viendo que la divina justicia reclamaba de El plena satisfacción. Harto

conocía la malicia de cada pecado, pues con la luz de la divinidad, que le acompañaba, se daba cuenta, inmensamente más que todos los hombres y todos los ángeles, de la infinita bondad del Padre y del derecho infinito que le asiste al amor y respecto de todos. Veía, además, a las claras el número sin número de pecados que habían de cometer los hombres, por quienes iba a padecer y morir. Dio a conocer en cierta ocasión el Señor a Santa Catalina de Génova la fealdad de una sola culpa venial, y fue tal el dolor de la Santa, que cayó desmayada por tierra. ¡Cuál sería, pues, la pena de Jesús Niño al verse, al venir a mundo, ante tan innumerables ejército de crímenes de todos los hombres por quienes había de satisfacer!

Entonces conoció en particular todos los pecados de cada uno de nosotros, observa San Bernardino de Siena. Dice el cardenal Hugo que los verdugos atormentaron al Salvador exteriormente, en tanto que nosotros lo atormentamos interiormente, es decir, que cada uno de nuestros pecados hizo sufrir más al alma de Jesucristo que lo afligió a su cuerpo la crucifixión y la muerte. He aquí cómo ha correspondido al amor de este divino Salvador quien se acuerde de haberle ofendido con el pecado mortal.

Afectos y súplicas

Amado Jesús mío, yo, que así os ofendí, no soy digno de vuestra gracia; mas por el mérito de las penas que padecisteis y ofrecisteis a Dios en vista de mis pecados, satisfaciendo por ellos a la divina Justicia, hacedme partícipe de la luz con que entonces conocisteis su malicia y la aversión con que los detestasteis. ¿Será, pues, verdad, amable Salvador mío, que

yo fui, desde que erais niño, y en todos los momentos de vuestra vida, el verdugo de vuestro corazón, y verdugo más cruel que cuantos os crucificaron? ¿Y que esta pena la renové y acrecenté cuantas veces torné a ofenderos? Señor, ya habéis muerto para salvarme; pero no basta para esto vuestra muerte, si yo por mi parte no las detesto sobre todo mal y no tengo verdadero dolor de las ofensas que os hice. Pero este dolor también me lo habéis de dar vos, que lo dais a quien lo pide. Os lo pido por los méritos de las penalidades padecidas en esta vida: dadme dolor de todos mis pecados, pero dolor que corresponda a su malicia. Ayudadme, Señor, a hacer el acto de contrición que ahora voy a formular. Dios Eterno, sumo e infinito bien, yo, miserable gusano, tuve el atrevimiento de perderos el respeto y despreciar vuestra gracia. Detesto sobre todo otro mal y aborrezco las injurias que os hice; me arrepiento de ellas con todo el corazón, no tanto por el infierno merecido, cuanto por haber ofendido a vuestra infinita bondad. Por los méritos de Jesucristo, espero me perdonaréis, y espero también con el perdón la gracia de amaros. Os amo, ¡oh Dios!, digno de infinito amor, y quiero repetiros siempre: os amo, os amo, os amo, y, como os decía vuestra amada Santa Catalina de Génova, postrada a las plantas del Crucifijo: «¡Jesús mío, no más pecados, no más pecados!».— No, que vos no merecéis ser ofendido, ¡oh Jesús mío!, sino solamente ser amado. Redentor mío, ayudadme.

Madre mía, socorredme; sólo os pido vivir amando a Dios en lo que me restare de vida.

20. JESÚS PADECE DURANTE TODA SU VIDA

Y mi dolor está siempre ante mí (Sal. 36, 18).

Considera cómo todas las penas e ignominias padecidas por Jesús en vida y en muerte, todas las tuvo presentes desde el primer instante de su vida: *Y mi dolor está siempre ante mí*, y todas desde niño comenzó a ofrecerlas en satisfacción de nuestros pecados, comenzando desde entonces a obrar como Redentor. Reveló El a un siervo suyo que, desde el comienzo de su vida hasta la muerte, siempre padeció, y padeció tanto por nuestros pecados, que, si hubiera tenido tantas vidas cuantos hombres hay, tantas habría perecido de dolor, si Dios no le hubiera conservado la vida para padecer más.

¡Oh, qué martirio para el corazón amante de Jesús ver tantos pecados de los hombres!: «Tuvo particular mirada para cada culpa». Desde el seno de María vio sin cesar, en particular, cada pecado, y cada uno de ellos le afligió inmensamente. Dice Santo Tomás que este dolor de Jesucristo a vista de las injurias hechas a su Padre y el daño que había de causar a las almas, por El amadas tan ardientemente, superó al dolor de todos los pecadores contritos, hasta de aquellos que murieron de puro dolor; sí, porque ningún pecador amó a Dios y a su alma como Jesús amaba al Padre y a nosotros. De aquí que aquella agonía padecida por el Redentor en el huerto de los Olivos a vista de todas nuestras iniquidades, que se había comprometido a expiar, las padeció desde el seno materno. *Yo soy un infeliz, y muriéndome vengo desde niño* (Sal. 87, 16). Así predijo nuestro Salvador por boca de David que

toda su vida había de ser un continuo padecer. De aquí deduce San Juan Crisóstomo que de lo único de que nos debemos afligir es del pecado, y que así como Jesús fue afligido por nuestros pecados durante toda su vida, así nosotros, que los cometimos, debemos tener continuo dolor de ellos, acordándonos de haber ofendido a un Dios que tanto nos ha amado. Santa Margarita de Cortona no cesaba de llorar sus culpas. Cierta día díjole el confesor: Margarita, no llores más, que el Señor te ha perdonado. ¿Cómo — acudió la Santa—, cómo me pueden bastar las lágrimas derramadas y el dolor de aquellos pecados que contristaron a mi Jesús durante toda su vida?

Afectos y súplicas

Ved, Jesús mío, a vuestros pies al ingrato y perseguidor que os contristó durante toda vuestra vida. Mas os diré con Ezequías: *Has librado mi vida de la hoya de perdición, — te has echado a la espalda todos mis pecados* (Is. 38, 17). Os ofendí, os traspasé con tantos pecados, pero vos no rehusasteis cargar con todas mis culpas; espontáneamente arrojé mi alma a las llamas del infierno siempre que consentí ofenderos gravemente, y vos, a costa de vuestra sangre, no dejasteis de librarla ni de procurar salvarla. Amado Redentor mío, gracias. Quisiera morir de dolor, pensando que tanto maltraté vuestra infinita bondad. Amor mío, perdonadme y venid a tomar posesión de mi corazón. Vos dijisteis que no os desdenáis de entrar en la casa que os abriere para quedar en su compañía: *Si uno oyere mi voz y abriese la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo* (Ap. 3, 20). Si hubo tiempo en que os deseché, ahora os amo y no quiero más

que vuestra gracia. Ved que está abierta la puerta, entrad en mi pobre corazón; pero entrad para no salir más de él. Pobre es, pero si vos entráis lo enriquecéis, y mi mayor riqueza será poseeros a vos, sumo bien.

¡Oh Reina del cielo, Madre atribulada de tan atribulado Hijo!, también a vos fui motivo de pena, pues participasteis de gran parte de los dolores de Jesús. Sin embargo, perdonadme. Madre mía, y alcanzadme la gracia de seros fiel ahora que espero haya vuelto Jesús a mi alma.

21. JESÚS QUISO SUFRIR TANTO PARA CONQUISTAR NUESTROS CORAZONES

Con bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustias las mías hasta que se cumpla! (Lc. 12, 50).

Considera cómo Jesús padeció desde el primer momento de su vida y todo lo padeció por nuestro amor. El en toda su vida no tuvo más interés, después de la gloria de Dios, que nuestra salvación. Como Hijo de Dios, no necesitaba padecer para merecer el paraíso; cuantas penas sufrió, pobreza e ignominias, todo lo aplicó para merecernos la salvación eterna. Así, pudiendo salvarnos sin padecer, se abrazó con una vida llena de dolores, pobre, despreciada y privada de todo alivio y con una muerte la más desolada y amarga que jamás sufriera mártir o penitente alguno, sólo para darnos a entender la grandeza del amor que nos tenía y para conquistarse nuestros afectos.

Jesús vivió treinta y tres años, suspirando por la hora del sacrificio de su vida, que, deseaba ofrecer para alcanzarnos la divina gracia y la gloria eterna, para tenernos consigo siempre en el paraíso. Tal deseo le hizo exclamar: *Con bautismo tengo que ser bautizado, y ¡qué angustias las mías hasta que se cumpla!* Deseaba ser bautizado en su propia sangre, no ya para lavar sus pecados, pues era inocente y santo, sino los pecados de los hombres, a quienes tanto amaba: *Al que nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre* (Ap. 1, 5). ¡Oh exceso de amor de un Dios, que todos los hombres y todos los ángeles nunca llegaron a comprender ni alabar lo suficiente!

Laméntase San Buenaventura al ver la gran ingratitud de los hombres a tan extraordinario amor. Maravilla es, dice el Santo, ver a un Dios padeciendo tantas penas, gimiendo en un establo, pobre en un taller; exangüe en una cruz y, en suma, afligido y atribulado en toda su vida por amor de los hombres, y ver luego que estos hombres no se abrasan en amor a un Dios tan amante y aun tienen la audacia de despreciar su amor y su gracia. ¡Ah, Dios mío!, y ¿cómo es posible comprender que os hayáis reducido a padecer tanto por los hombres y que haya tantos de ellos que no os amen y os ofendas?

Afectos y súplicas

Amado Redentor mío, entre los ingratos que pagaron vuestro amor inmenso, vuestros dolores y vuestra muerte con disgustos y desprecios me hallo yo. Querido Jesús mío, ¿cómo al ver la ingratitud con que os pagaría pudiste amarme tanto y padecer tanto desprecio y penalidad por mí? Mas no quiero desesperarme.

El mal ya está hecho. Dadme, pues, Señor mío, el dolor que me merecisteis con vuestras lágrimas, pero que sea un dolor igual a mi iniquidad. Corazón amoroso de mi Salvador, tan afligido y desolado un tiempo por amor mío, y aun ahora lleno de ardoroso amor hacia mí, ¡jea!, mudadme el corazón. Dadme un corazón que compense los disgustos que os causé y un amor que iguale a mi ingratitud. Ahora siento en mí gran deseo de amaros; gracias, porque veo que vuestra piedad me ha cambiado el corazón. Aborrezco sobre todo otro mal las ofensas que os hice, las odio y las detesto. Ahora estimo más vuestra amistad que todas las riquezas y todos los reinos. Deseo complaceros cuanto me sea posible. Os amo, amabilidad infinita, pero veo que este amor es muy mezquino; acrecentad la llama y dadme más amor, que vuestro amor ha de ser correspondido con más amor por mí, que tanto os ofendí y que, en vez de castigos, recibí tan especiales favores. ¡Oh sumo Bien!, no permitáis que viva más ingrato a tantas gracias como me habéis dispensado. «Muera por amor de vuestro amor (os diré con San Francisco de Asís), ya que habéis muerto por amor del mío».

María, esperanza mía, ayudadme y rogad a Jesús por mí.

22. LA MAYOR PENA DE JESÚS

¿Qué logro hay en mi sangre —en que yo a la cárcava descienda? (Sal. 29, 10).

Reveló Jesucristo a la V. Agueda de la Cruz que, estando en el seno de María, la pena que más le